

doblemente poderoso si sabe encubrirse con la máscara del amor! Esto, que ha de perderla, voy á intentar ahora.»

Y con esta resolucion, el enemigo del género humano, introducido en el cuerpo de la serpiente (¡fatal consorcio!), se dirigió hácia Eva, no arrastrando por tierra y enroscándose en si misma, como despues lo hizo, sino enhiesta sobre su cola, base circular de múltiples anillos que se elevaban unos sobre otros, y que creciendo cada vez más, formaban con sus escamosos pliegues un confuso laberinto. Erguia su cabeza coronada por una cresta; brillaban sus ojos como dos carbunclos; y alzando entre espirales circulos su cuello con mil vistosos cambiantes de verde y oro, meciase el resto de su cuerpo sobre la yerba. Nada más bello y gracioso que su figura. Jamás se conocieron serpientes tan seductoras, ni las que en Iliria transformaron á Hermione y Cadmo <sup>1</sup>, ni aquella en que se convirtió el dios adorado en Epidauro <sup>2</sup>, ni las que dieron su forma á Júpiter Ammon ó á Júpiter Capitolino, unida la una á Olimpia, la otra á la que fué madre de Escipion <sup>3</sup>, gloria de Roma.

Movióse primero torcidamente, como el que acercándose á otro por temor \*de importunarle, se vale de rodeos; como el diestro piloto que al llegar con su nave á la corriente de un río ó á la proximidad de un promontorio, inclina á un lado y otro el timon y cambia las velas segun el viento. Asi variaba la Serpiente de direccion, y con sus tortuosas posturas y estudiados ademanes procuraba atraerse las miradas de Eva; pero distraida ésta en su quehacer, aunque oia el movimiento de las hojas, no prestaba atencion al ruido, acostumbrada como estaba al jue-

(1) Cadmo y su esposa Hermione, fundadores de Tébas, en Beocia, la cual abandonaron despues de varias vicisitudes, se dirigieron á Iliria y fueron convertidos en serpientes, por haber dado muerte á una consagrada á Marte, segun dice Ovidio. En el texto de Milton han notado algunos criticos cierta anfibologia, porque de su construccion no se deduce bien si Cadmo y Hermione fueron convertidos en serpientes, ó las serpientes se trocaron en aquellas dos personas:

..... not those that in Illyria chang'd  
Hermione and Cadmus.

Pero en castellano se salva este inconveniente, pues la preposicion *á* distingue bien el acusativo del nominativo.

(2) Esculapio, dios de la Medicina, que en efecto recibia culto en Epidauro, y que habiendo ido á Roma en tiempo de una peste, tomó la figura de una serpiente, como lo refiere la historia en el libro 11.º de Tito Livio, y Ovidio en el libro 15.º de sus *Metamórfosis*, «*In serpente Deus*», y bajo la forma de tal siguió siendo adorado en Roma.

(3) Júpiter Ammon y Júpiter Capitolino, el Júpiter Libio y el Romano, éste último llamado así por su templo del Capitolio en Roma; el primero, supuesto padre de Alejandro el Grande, que le hubo de su madre Olimpia bajo la forma de una serpiente; el segundo, que se convirtió en otra al hacerse padre, segun referia la fábula, de Escipion el Africano, que tanta gloria supo adquirir para sí y para su patria.

teo que por el campo traian en su presencia todos los animales, mas dóciles á su mandato que á la voz de Circe su rebaño transfigurado <sup>1</sup>.

Más confiada ya la Serpiente, púsose delante de ella, sin esperar á que la llamase, y quedó inmóvil de admiracion; inclinó repetidas veces su prominente cresta y su esmaltado y brillante cuello con sumision cariñosa, lamiendo la tierra en que habia fijado Eva su planta, hasta que tantas mudas demostraciones consiguieron por fin su efecto; y satisfecho Satan de haber llamado su atencion, valiéndose de la lengua de la serpiente, ó por un mero impulso del aire en que iba envuelta su voz, comenzó con insinuante astucia á tentarla asi:

«No te maravilles de mi, reina del universo, cuando tú eres aqui la única maravilla. No me rechacen con desden esos ojos, que son todo un cielo de dulzura, ni te ofendas de que yo me acerque á tí y no me sacie de contemplarte, que yo solo soy, yo solo el que no se ha dejado intimidar por tu majestuoso aspecto, más majestuoso ahora en la soledad. ¡Oh imágen la más perfecta de tu perfecto Hacedor! Todos los seres vivientes se recrean en tí, glorianse de ser tuyos y adoraran enajenados tu celestial hermosura, cuyo poder es mayor á medida que es objeto de admiracion mas universal. Y ¡estar encerrada aqui en este recinto agreste, en medio de salvajes brutos, incapaces de contemplarte, incapaces de apreciar todo lo bella que eres, á excepcion de un hombre que te acompaña! Y ¿por qué ha de ser uno solo, cuando merecerias ser tenida por diosa entre los dioses, y adorada y servida por multitud de ángeles que á todas horas te rodeasen?»

Con tan lisonjeras palabras dió principio á su discurso el Tentador, y halló desde luego cabida en Eva; que aunque en extremo admirada de oir su voz, manifestó su asombro diciendo asi:

«¿Qué es esto? ¡El lenguaje del hombre y el pensamiento humano expresados por la lengua de un bruto! Creia yo que á lo ménos del primero estaban privados los irracionales, habiéndolos Dios creado mudos é incapaces de articular todo sonido; en cuanto al segundo, ya abrigaba yo dudas al notar que hay mucho de discernimiento en sus miradas y en sus acciones. No ignoraba que tú, Serpiente, eres el más sagaz de todos los animales campestres, mas no sabia que estuvieses dotada del habla humana. Repite, pues, este milagro, y dime cómo siendo muda, has podido adquirir la palabra, y cómo de todas las criaturas que diariamente se

(1) Alude á los hombres convertidos en fieras por la encantadora Circe.

ofrecen á mi vista, eres la que conmigo te muestras más afectuosa. Esto deseo saber; que bien lo merece semejante maravilla.»

«¡Reina de este hermoso mundo, contestó el pérfido seductor, encantadora Eva! Fácil me es hacer lo que ordenas, y justo que en todo seas obedecida. Era yo al principio como los demás animales que pacen la yerba que van pisando; eran mis instintos tan viles y terrestres como mi alimento, y fuera de éste ó de la diferencia de sexo, nada sabia discernir, ninguna cosa más alta se me alcanzaba. Pero vagando acaso un dia por el campo, acerté á descubrir á lo léjos un hermosísimo árbol, cargado de frutos, que resaltaban extraordinariamente por sus colores de carmin y oro. Acerqueme para mejor contemplarlo, y sentí que de sus ramas salia un delicioso perfume que excitaba el apetito, más sabroso al olfato que el olor del más dulce hinojo, ó el de las ubres de la oveja y la cabra, llenas, á la caída de la tarde, de leche que no han mamado aún el cordero ni el cabritillo, distraídos en su retozo. Con la impaciencia de satisfacer el ansia que en mi se despertó, resolví gustar aquel bello fruto; estimulábanme el hambre y la sed, poderosos incentivos, á comer una de aquellas manzanas cuyo aroma me incitaba tanto. Enrosqué mi cuerpo al rededor del musgoso tronco, pues para alcanzar á sus ramas desde la tierra, es menester tu elevada estatura, ó la de Adán. Viéronme con envidia, poseidos de igual deseo, los animales que me rodeaban, imposibilitados de hacer lo mismo; y llegado que hube á la mitad del árbol, del que tan cercana pendia la seductora abundancia de aquella fruta, arranqué, comi hasta la saciedad, y experimenté un placer que jamás habia hallado ni en las más gustosas plantas ni en las más cristalinas fuentes. Satisfecho por fin, experimenté en mi un extraño cambio; iluminó la razon mis facultades interiores; tardé poco en adquirir el habla, aunque conservando esta misma forma; y desde entónces se elevó mi pensamiento á profundas y sublimes meditaciones, y mi espíritu fué capaz de considerar todo lo que hay visible en el cielo, en la tierra y en el aire, todo lo bueno y lo bello que en el mundo existe. Pero todo lo bueno y lo bello está cifrado en tu divina imágen, junto todo en el celestial destello de tu hermosura, á la cual nada hay que pueda igualarse ni compararse. Ella es la que, aun á riesgo de serte importuno, me ha obligado á venir aqui para contemplar y adorar á la que con tan justo derecho está proclamada como soberana de las criaturas y señora del universo.»

Así habló la Serpiente poseida del maligno espíritu; y doblemente admirada

y sin cautela alguna. Eva le replicó así: «Serpiente, tus excesivas alabanzas me hacen dudar de la virtud de ese fruto que has sido la primera en probar; mas dime: ¿dónde crece ese árbol? ¿Está muy lejos de aqui? ¡Hay tantos y tan diferentes árboles puestos por Dios en el Paraiso, que nos son todavia desconocidos! Con tal abundancia se brindan á nuestra eleccion, que existen multitud de frutas á que no hemos tocado aún, y que penden incorruptibles de sus ramas hasta que nazcan otros hombres que se aprovechen de ellas, y otras manos que nos ayuden á aligerar á la naturaleza de tanta fecundidad.»

Lo cual oido por la astuta Serpiente, se apresuró, llena de júbilo, á responder: «El camino, gran señora, es fácil y nada largo. Al otro lado de una calle de mirtos, en una plazuela y junto á una fuente, pasado un bosquecillo de balsámica mirra, lo encontraremos; por lo que si aceptas mi compañía, te conduciré en seguida.»—«Conduceme,» dijo Eva. Y sin más tardanza se aprestó á hacerlo la Serpiente, arrastrándose con tal rapidez, que su encorvado cuerpo parecia derecho: tan pronta estaba para la maldad. Incitála la esperanza, y brilla su cresta de alegría; como el fuego errante, formado de untuosos vapores, que condensa la noche y sostiene el frio, que con el movimiento produce llama, y que animado, segun dicen, por un espíritu maligno, girando y despidiendo falaces fuegos, engaña y extravía al caminante nocturno, llevándole por bosques y pantanos, hasta que tal vez le precipita en un lago, donde se ahoga privado de todo auxilio. Así brillaba el traidor enemigo, conduciendo engañoso á Eva, nuestra crédula madre, hácia el árbol prohibido, origen de todos nuestros males; la cual, así que le vió, dijo á su guía:

«Serpiente, hubiéramos podido ahorrarnos de venir hasta aqui, diligencia para mi infructuosa, bien que sea tal la abundancia de estos frutos. Admirable es sin duda, y si tales efectos producen, guarda su virtud para ti, que nosotros no podemos gustar de ellos, ni tocar á ese árbol. Dios nos lo ha prohibido, único mandamiento que ha salido de sus labios; por lo demás, vivimos siendo ley de nosotros mismos: nuestra ley es nuestra razon.»

«¿Eso dices? replicó astutamente el Seductor. ¡Dios ha mandado que no comais de todos los frutos de estos árboles, y os ha hecho señores de cuanto hay en la tierra y en los aires!»

Y Eva, que todavia no habia pecado, contestó: «Podemos comer de los frutos que llevan todos los árboles de este jardin, pero del que da ese hermoso árbol

plantado en medio del Paraiso, ha dicho Dios: «No comereis, ni llegareis á él, porque será vuestra muerte.»

Y apénas oyó el Seductor esta breve respuesta, fingiendo gran celo y amor por el Hombre y profunda indignacion por el agravio que se le hacia, apeló á un nuevo recurso, y como luchando con el sentimiento que le agitaba, tomó al fin una actitud tranquila y el aire estudiado de quien se preparaba á tratar de un asunto grave. Como cuando en Aténas ó en la libre Roma, en tiempo en que florecia aquella elocuencia que no ha vuelto á oirse, se presentaba un orador famoso, encargado de una gran causa, y concentrándose en si mismo, cautivaba ántes de hablar con sus movimientos y gestos al auditorio, y otras veces, para no entretenerse en el exordio, prorumpia desde luego en altos conceptos, arrebatado por la fuerza de su razon ó de la justicia; no de otro modo irguiéndose, agitándose y levantándose á su mayor altura, con toda la vehemencia de su pasion, exclamó el falso Tentador:

«¡Oh sagrada y sábia planta, dispensadora de la sabiduria y madre de la ciencia! En mi siento ya la eficacia de tu poder, que ilumina mi mente, y no sólo me permite discernir las cosas en sus primeras causas, sino los medios de que se valen los agentes superiores, á pesar de su profunda sabiduria. Y tú, reina de este universo, no creas en esa terrible amenaza de muerte, que seguramente no se realizará. ¿Quién ha de haceros morir? ¿El fruto de ese árbol, cuando con él se adquiere la vida de la ciencia? ¿El que ha fulminado esa amenaza? Pues, ¿no me veis á mi, á mi que he tocado y gustado ese fruto que se os veda? Y no solamente vivo, sino que gozo de una vida más perfecta que la que el destino me habia otorgado, gracias al propósito que formé de sobreponerme á mi condicion. ¿Ha de cerrarse para el Hombre el camino que tienen abierto los irracionales? ¿Ha de encenderse la ira de Dios por tan pequeña falta? ¿No aplaudirá más bien vuestro intrépido valor, al ver que ni el temor de la muerte que os pone delante, sea la muerte lo que quiera, os retrae de un empeño que puede proporcionaros vida más venturosa, el conocimiento del bien y el mal? ¡El bien! ¿Hay nada más justo? ¡El mal! Pues si el mal existe, ¿por qué no conocerlo, y asi se evitará mejor? Dios no puede castigaros siendo justo, y si no es justo, no es Dios, y dejando de ser Dios, no hay para qué temerle ni obedecerle. El mismo temor de la muerte debe induciros á no temerla. Y ¿por qué os ha impuesto esa prohibicion sino para intimidaros, para manteneros en vuestra baja servidumbre, en vuestra

ignorancia, y que no dejéis de ser sus adoradores? Sabe bien que el dia en que comáis de ese fruto, vuestros ojos, que tan claros parecen ahora, y que, sin embargo, están rodeados de oscuridad, se abrirán completamente á la luz, y sereis lo que son los dioses, y comprendereis el bien y el mal, como lo comprenden ellos. Llegareis á ser dioses, como yo he llegado á ser hombre, que hombre soy interiormente, pues tal es la proporcion establecida: el bruto pasa á ser hombre, y el hombre Dios. Quizá la muerte consista en esto, en trocar la naturaleza humana por la divina; y si con tal trueque se os amenaza, y es lo peor que puede aconteceros, el morir ¿no es apetecible? ¿Qué dignidad es la de los dioses, que el Hombre no puede aspirar á ella, ni aún participando del alimento divino? Han existido primero, y de esta ventaja se prevalen para hacernos creer que todo procede de ellos, lo cual es muy dudoso al ver esta bellissima tierra caldeada por el sol, tan fecunda de todo, miéntras ellos nada producen. Si ellos lo han hecho todo ¿por qué han puesto en este árbol la ciencia del bien y del mal, para que quien quiera que guste de sus frutos obtenga á pesar suyo la sabiduria? Y al adquirir esta ¿en qué puede el Hombre ofender á Dios, ni en qué vuestro saber perjudicar al suyo? Y si todo depende de él ¿cómo este árbol produce una cosa contraria á su voluntad? ¿Será su móvil la envidia? pero ¿cabe esta pasion en ánimos celestiales? Estas, estas razones y otras muchas os inducen á no privaros de tan precioso fruto. Arráncale, pues, diosa humana, y come de él sin recelo alguno.»

Concluyó asi su razonamiento, y sus pérfidas sugerencias hallaron fácil acogida en el corazon de la incauta Eva. Tenia sus ojos fijos en aquellos frutos, cuyo aspecto era por si solo harto tentador; resonaba en sus oidos el eco de aquel lenguaje que á ella le parecia tan persuasivo, tan convincente por su razon y por su verdad. Acercábase por otra parte la hora del mediodia, y despertaba en ella un apetito tanto mayor, cuanto más incitativa era la fragancia de aquella fruta, que un irresistible deseo estimulaba á su vista á coger y saborear; pero se detuvo un momento, haciéndose á si propia estas reflexiones:

«Grandes son sin duda tus virtudes ¡oh el más excelente de los frutos! y aunque vedado al Hombre, digno de la mayor admiracion, cuando por tanto tiempo menospreciado, es tu primer efecto dar elocuencia á un mudo y hacer que una lengua incapaz de hablar prorumpa de este modo en tus alabanzas; alabanzas que no omitió ni aún el mismo por quien nos estás prohibido, en el hecho de llamarte árbol de la ciencia del bien y del mal. Vedanos que te probemos, pero su